ticular cuando se compara á *Hamlet* con *Orestes*. Doble página extraordinaria, anverso y reverso de la misma idea, que parece escrita ex profeso para probar hasta qué punto dos genios diferentes haciendo la misma cosa hacen dos cosas completamente diversas.

Fácil es ver que el teatro contemporáneo ha trazado su propio camino entre la unidad griega y la diversidad shakespeariana.

V

Separemos, para volver más tarde sobre ello, la cuestión del arte contemporáneo, y entremos de nuevo dentro del punto de vista general.

La imitación es siempre estéril y mala.

En cuanto á Shakespeare, puesto que Shakespeare es el poeta que nos ocupa, es, en el más alto grado, un genio humano y general; pero, como todos los verdaderos genios, es, al mismo tiempo, un espíritu puramente personal. La ley es esta: el poeta parte de él para llegar á nosotros. Eso es lo que hace inimitable al poeta.

Examinad á Shakespeare, profundizadle, y ved su resolución de querer ser él mismo. No esperéis ninguna concesión de su Yo. No es un egoísta, es una voluntad. Quiere. Da sus órdenes al arte dentro de los límites de su obra. Porque ni el arte de Esquilo, ni el arte de Aristófanes, ni el arte de Plauto, ni el arte de Maquiavelo, ni el arte de Calderón, ni el arte de Molière, ni el arte de Beaumarchais, ni ninguna de las formas del arte, viviendo cada una como producto de la vida especial de un genio, no obedecerían á las órdenes dadas por Shakespeare. El

arte así entendido, es la vasta igualdad y es la profunda libertad; la región de los iguales es también la región de los libres.

Una de las grandezas de Shakespeare es la imposibilidad de ser modelo. Para daros cuenta de su idiosincrasia, abrid cualquiera de sus obras, es siempre, primeramente y ante todo, Shakespeare.

¿Qué se quiere más personal que *Troilo* y *Crésida*? ¡Una troya cómica! Ahí tenéis *Mucho ruido para nada,* una tragedia que termina en risa. He aquí el *Cuento de invierno,* drama pastoril. Shakespeare en su obra está en su casa. Si queréis ver un despotismo, fijaos en su fantasía. ¡Qué voluntad de sueño! ¡Qué manía de vértigo! ¡Qué absolutismo en lo indeciso y lo flotante! El sueño llena hasta tal punto algunas de sus obras, que el hombre se deforma y es más bien nube que hombre. El Angelo de *Medida por medida* es un tirano de niebla. Se disgrega y se borra. El Leontes del *Cuento de invierno* es un Otelo que se disipa. En *Cymbelina* se cree que Jachimo se va á volver un Yago, pero se funde. El sueño está en todas partes. Mirad pasar á Mamilio, Póstumo, Hermiona, Perdita. En *La tempestad,* el duque de Milán tiene «un buen hijo», que es como un sueño en el sueño. Sólo Fernando habla de él, y parece que nadie más que él lo haya visto. Un bruto se transforma en razonable, como el policía Lecoude de *Medida por medida.* Un idiota, repentinamente tiene ingenio, como Cloten de *Cymbelina.* Un rey de Sicilia está celoso de un rey de Bohemia. La Bohemia tiene dos riberas. Los pastores recogen niños en ella. Teseo, duque, se casa con Hipólita, amazona. Oberón se mezcla en ello. Porque aquí la voluntad de Shakespeare es soñar; en otros sitios piensa.

Digamos más: allí donde sueña, todavía piensa; con una profundidad distinta, pero igual.

Dejemos tranquilos á los genios en su originalidad. Dentro de estos civilizadores misteriosos hay algo de salvaje. Hasta en su comedia, hasta en sus bufonadas, hasta en su risa, hasta en su sonrisa hay lo desconocido. Se siente en ella el horror sagrado del arte, y el terror omnipotente de lo imaginario mezclado con lo real. Cada uno de ellos está en su caverna solo. Se entienden de lejos, pero no se copian. No sabemos que el hipopótamo imite el grito del elefante.

Los leones no se imitan unos á otros.

Diderot no rehace á Bayle; Beaumarchais no calca á Plauto, y no tiene necesidad de Dave para crear á Fígaro. Piranesio no se inspira para nada en Dédalo. Isaías no crea de nuevo á Moisés.

Un día, en Santa Elena, M. de Las Cases decía: «Señor, puesto que habéis sido el amo de Prusia, en vuestro lugar yo hubiera cogido en la tumba de Postdam, donde está depositada, la espada del gran Federico y me la habría puesto. —*Necio,* respondió Napoleón, *tenía la mía.*»

La obra de Shakespeare es absoluta, soberana, imperiosa, eminentemente solitaria, sublime en radiación, absurda en reflejo, y quiere permanecer sin copia. Sería tan insensato imitar á Shakespeare, como estúpido imitar á Racine.

VI

Hablemos, continuando nuestro camino, sobre un calificativo muy usado en todas partes, *profanum vulgus,* frase de un poeta y repetida por los pedantes. Ese *profanum vulgus* es algo como el proyectil de todo el mundo. Fijemos el sentido de esa frase. ¿Qué

significa el *vulgo profano?* La escuela dice: Es el pueblo. Y nosotros decimos: Es la escuela.

Pero primeramente definamos esta expresión, *la escuela.* Cuando decimos la escuela, ¿qué hay que sobrentender? Indiquémoslo. La escuela es la resultante de los pedantismos; la escuela es la excrecencia literaria procedente del presupuesto; la escuela es el *mandarinato* intelectual dominando en las diversas enseñanzas autorizadas y oficiales, sea de la prensa, sea del Estado, desde el folletín de teatro de la prefectura hasta las biografías y enciclopedias comprobadas, estampilladas y difundidas, y hechas á veces refinamiento, por republicanos gratos á la policía; la escuela es la ortodoxia clásica y escolástica de recinto continuo, la antigüedad homérica y virgiliana explotada por literatos funcionarios y patentados, una especie de China *soi-disant* Grecia; la escuela es, resumida en una concreción que forma parte del orden público, toda la historia de los historiógrafos, toda la filosofía de los sofistas, toda la crítica de los *magisters,* toda la férula de los ignorantes, toda la religión de los beatos, todo el pudor de los mogigatos, toda la metafísica de los adheridos, toda la justicia de los asalariados, toda la adulación de los cortesanos, toda la diatriba de los turiferarios, toda la independencia de los criados, toda la certidumbre de las vistas bajas y de las almas bajas. La escuela odia á Shakespeare. Lo coge en flagrante delito de frecuentación popular, yendo y viniendo por las encrucijadas, «trivial», diciendo á todos la palabra de todos, hablando la lengua pública, soltando el grito humano como el primer llegado, aceptado por los que él acepta, aplaudido por manos negras sucias de alquitrán, aclamado por todas las sordas ronqueras que salen del trabajo y de la fatiga. El drama de Shakespeare es pueblo; la escuela se indigna y dice: *Odi profanum*

vulgus. Hay algo de demagogia en esa poesía en libertad; el autor de *Hamlet* «sacrifica á la canalla».

Esto es. El poeta «sacrifica á la canalla».

Si hay algo grande, es esto.

Allí en el primer término, en todas partes, en pleno sol, van las músicas, los hombres poderosos seguidos de los hombres ricos. El poeta no los ve, ó si los ve, los desdeña. Levanta los ojos y mira á Dios; luego baja los ojos y mira al pueblo. Esa muchedumbre fatal, ese vasto y lúgubre sufrimiento amontonado, ese venerable populacho de harapientos é ignorantes está en el fondo de la sombra, casi invisible á fuerza de sumergirse en la noche. ¡Qué caos de almas! Esa multitud de cabezas ondula obscuramente como las olas de un mar nocturno. De cuando en cuando pasan sobre la superficie catástrofes, una guerra, una peste, una favorita, un hambre, como las ráfagas sobre el agua. Eso produce un estremecimiento poco duradero, pues el fondo del dolor es inmóvil como el fondo del Océano. La desesperación deposita en él un horrible plomo. La última palabra del abismo es el estupor. Es, pues, la noche. Es el obscuro mar de los pobres bajo fúnebres celajes, detrás de los cuales todo es indistinto.

Los aplastados se callan; no saben nada, no pueden nada, no piden nada, no piensan nada; subsisten. *Plectuntur achivi*. Tienen hambre y frío. Se distinguen sus carnes repugnantes por entre los agujeros de sus harapos. ¿Quién hace esos harapos? La púrpura. La desnudez de las vírgenes viene de la desnudez de las odaliscas. De los harapos de las hijas del pueblo retorcidos, caen perlas para la Fontanges y la Châteauroux. Versalles está dorado por el hambre. Toda esa sombra viviente y moribunda se mueve, esas larvas agonizan, á la madre le falta leche, al padre le falta trabajo, á los cerebros les falta luz; si

en esa miseria hay un libro, se parece al botijo, tanto, que lo que ofrece á la sed de las inteligencias, es insípido ó corrompido. Familias siniestras.

El grupo de los pequeños es pálido; todo orgullo expira y se arrastra, ni siquiera tiene la fuerza de amar; y tal vez ignorándolo, mientras se doblan y se resignan, de todas esas conciencias donde reside el derecho, del sordo murmullo de todos esos desgraciados alientos mezclados, sale una especie de voz confusa, misteriosa niebla del verbo, que llega sílaba á sílaba en la obscuridad á pronunciar palabras extraordinarias: Porvenir, Humanidad, Libertad, Igualdad, Progreso. Y el poeta escucha y oye, mira y ve; y se encorva más y más y llora; y repentinamente, creciéndose en una forma extraña, sacando de todas esas tinieblas su propia transfiguración, se yergue terrible y bondadoso por encima de todos los miserables, tanto de los de arriba como de los de abajo, con ojos brillantes.

Pide cuentas á grandes gritos. Y dice: ¡He aquí el efecto! Y añade: ¡He aquí la causa! El remedio es la luz. *Erudimini*. Se parece á un gran vaso lleno de humanidad, agitado por la mano que está en la nube, y del cual cayesen grandes gotas sobre la tierra, que no son más que quemaduras para los opresores y rocío para los oprimidos. ¡Ah! A vosotros os parece mal eso. Pues bien, nosotros lo encontramos bien. Nos parece justo que alguno hable cuando todos sufren. Las ignorancias que gozan y las ignorancias que sufren, tienen la misma necesidad de enseñanza. La ley de fraternidad se deriva de la ley del trabajo. Ha pasado ya el tiempo de matarse los hombres entre sí. El poeta es bueno para promulgar esas verdades. Para ello es preciso que sea pueblo; para ello es preciso que sea populacho; es decir, que aportando el progreso no se eche atrás ante la realidad del

hecho, por disforme que sea. La distancia actual de lo real á lo ideal no puede medirse de otra manera. Por otra parte, arrastrar un poco el grillete, completa á Vicente de Paúl. ¡Duro, pues, con la promiscuidad trivial, con la metáfora popular, con la gran vida en común con esos desterrados de la alegría que se llaman pobres! Ese es el primer deber de los poetas. Es útil, es necesario que el aliento del pueblo atraviese las almas omnipotentes. El pueblo tiene algo que decirles. Es bueno que se hallen en las obras de Eurípides las vendedoras de hierbas de Atenas y en las de Shakespeare los marineros de Londres.

Sacrifica á la «canalla», ¡oh, poeta!, sacrifica á esa infortunada, á esa desheredada, á esa vencida, á esa miserable, á esa infamada, á esa repudiada, á esa desesperada; sacrifícalo si es necesario y cuando sea necesario, tu reposo, tu fortuna, tu alegría, tu patria, tu libertad, tu vida. La *canalla* es el género humano en la miseria. La *canalla* es el principio doloroso del pueblo. La *canalla* es la gran víctima de las tinieblas. ¡Sacrifícale! ¡Sacrifícate! ¡Déjate echar, déjate desterrar, como Voltaire lo fué á Ferney, como d'Aubigné á Ginebra, como Dante á Verona, como Juvenal á Syène, como Tácito á Metimno, como Esquilo á Gela, como Juan á Patmos, como Elías á Oreb, como Tucídides á Tracia, como Isaías á Asiongaber! Sacrifica á la *canalla*. Sacrifícale tu oro, y tu sangre, que es más que tu oro, y tu pensamiento, que es más que tu sangre, y tu amor, que es más que tu pensamiento; sacrifícale todo, excepto la justicia. Escucha su queja; escúchala sobre sus faltas y sobre las faltas de otro. Escucha lo que tiene que confesarte y denunciarte. Escúchale, tiéndele la mano, los brazos, dale el corazón. Haz todo por ella, salvo el mal. ¡Sufre tanto y no sabe nada! Corrígela, adviértela, instrúyela, guíala, edúcala. Ponla en la escuela de la

honestidad. Hazle silabear la verdad, enséñale el alfabeto de la razón, enséñale á leer la virtud, la probidad, la generosidad, la clemencia. Ten tu libro abierto por completo. Estate ahí, atento, vigilante, bueno, fiel, humilde. Enciende los cerebros, inflama las almas, apaga los egoísmos, da el ejemplo. Los pobres son la privación; seas la abnegación. ¡Enseña! ¡Irradia! Tienen necesidad de ti, tú eres su gran sed. Aprender es el primer paso, vivir sólo es el segundo. Estate á sus órdenes, ¿oyes? ¡Estate siempre ahí, claridad! Porque es hermoso, en esta tierra obscura, durante esta vida más obscura aún, es hermoso que la fuerza tenga un dueño, el derecho; que el progreso tenga un jefe, el valor; que la inteligencia tenga un soberano, el honor; que la conciencia tenga un déspota, el deber; que la civilización tenga una reina, la libertad; y que la ignorancia tenga una sierva, la luz.